

todos los prelados, grandes, caballeros y ciudades de España, dándoles conocimiento de su determinación, y pidiéndoles encarecidamente la llevasen á bien, y fuesen tan leales vasallos de su hijo como lo habían sido suyos. El rey don Felipe escribió también, confirmando los poderes de regente á la princesa doña Juana su hermana. En su virtud, á las tres de la tarde del 28 de marzo (1556) se levantaron pendones en la plaza mayor de Valladolid por el rey don Felipe á presencia de la grandeza y del pueblo. El príncipe don Carlos su hijo era el que llevaba el pendón, y el que proclamó en alta voz: «¡Castilla, Castilla por el rey don Felipe nuestro señor!» y se paseó el estandarte por las calles de la ciudad, marchando delante los reyes de armas.

La crudeza de la estación y el rigor de sus padecimientos obligaron á Carlos V á diferir todavía por algún tiempo su viaje á España. Aprovechó, pues, su estancia en Flandes para ajustar con Enrique II de Francia, en las conferencias que al efecto se tuvieron en la abadía de Vancelles, cerca de Cambrai, una tregua de cinco años. Deseábalo con ansia, no solo por interés de su hijo Felipe, sino también por la satisfacción de dejar, al tiempo de venir, la Europa tranquila. Así fué que accedió á condiciones ventajosas para el francés, como era la de dejarle en posesión de lo que había conquistado en Saboya y en las fronteras de Alemania (6 de febrero, 1556). Disgustó aquella tregua al pontífice Paulo IV, que, enemigo del emperador y mas todavía de su hijo Felipe, á quien aborrecía mortalmente, tenía interés en avivar la enemiga de la Francia contra Carlos y Felipe. Disimuló, sin embargo, y con una doblez nada digna del pastor universal de los fieles, mientras de público enviaba embajadas á las cortes de Bruselas y París con el fin aparente de que los tres soberanos aceptaran su mediación para establecer una paz sólida y durable, de secreto encargaba á su sobrino el cardenal Caraffa que por todos los medios incitase al monarca francés á invadir los Estados de Felipe II en Italia, pintándole la ocasión como la mas oportuna para apoderarse de Nápoles, objeto hacia cincuenta años de la ambición de los monarcas franceses, añadiendo que el papa tenía ya alistado un ejército considerable para unirle á la división francesa y arrojar de Nápoles á todos los españoles.

Por mas que no faltó quien trabajara é influyera en opuesto sentido con el rey Enrique II, el cardenal Caraffa con sus incesantes intrigas logró reducirle á que firmara una liga con el papa contra Carlos y Felipe, que dando al traste con la tregua de Vancelles había de encender la guerra en Italia y en los Países Bajos. Entonces el papa arrojó la máscara: con que hasta allí se había cubierto, perdió toda moderación, se dejó arrebatar de su odio contra Felipe, cometió todo género de violencias contra los españoles, encarceló y maltrató entre otros á Garcilaso de la Vega, al enviado mismo de España, excomulgó á los Colonas, ejecutó otras muchas venganzas y desmanes en todos los adictos á los españoles, y en su ciega indignación hizo entablar contra el mismo Felipe II, en pleno consistorio, una acusación jurídica para privarle del reino de Nápoles, so pretexto de que había faltado á la fidelidad que debía á la Santa Sede por la investidura de aquel reino, concediendo á los excomulgados Colonas un asilo en sus Estados, y hasta proporcionándoles armas para atacar los Estados de la Iglesia. Hizo mas. A petición del abogado del consistorio, asintió el papa á citar al rey Felipe ante el tribunal, declarando que para las formas que se habrían de seguir en tan importante proceso se pondría de acuerdo con los cardenales (1).

príncipe Filiberto de Saboya, el duque de Medinaceli, el conde de Feria, el marqués de Aguilar, el de las Navas y otros muchos personajes.

(1) Pallavic. Hist. del Concil. lib. XIII.—Herrera, Hist. de Felipe II, libro I.—Correspondencia de Felipe II con su tío don Fernando: Colección de documentos inéditos, tomo II.

Las causas, todas injustas, interesadas y de mala especie, del odio rencoroso é injustificable del papa Paulo IV, y aun desde antes de ser cardenal, á Carlos V y Felipe II, y los motivos que le impulsaron á desplegar contra ellos tanta saña, se hallan explicadas en Salazar, Glorias de la casa Farnese (desde la pág. 246).—Lo mismo se halla confirmado en la correspondencia de Bernardo Navagiero, embajador de Roma, que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, A. 58 y A. 59. Por

En honor de la verdad, mientras el papa Paulo IV procedía con un encono y una saña tan impropios de su sagrada dignidad, Felipe II se conducía con el pontífice con una moderación y una templanza que hubieran debido servir de ejemplo al jefe de la Iglesia. Sentía tener que tomar las armas contra una autoridad que siempre había reverenciado, y sin faltarle al respeto, y antes de romper con el padre común de los fieles, consultó con una junta de teólogos españoles, los cuales le respondieron, que puesto que había apurado infructuosamente las reflexiones y las súplicas para hacer entrar en razón al pontífice, y no había otro medio de poner coto á sus violencias é injusticias, las leyes divinas y humanas le autorizaban y daban derecho para defenderse con la guerra, y aun para atacar si era menester.

Menos escrupuloso ó mas franco que él el duque de Alba, nombrado virey de Nápoles y encargado de la defensa de aquel reino, no solo preparaba ejércitos para resistir al pontífice, sino que escribía á Su Santidad con la dureza y el rigor que expresa la notable carta siguiente (Nápoles 21 de agosto, 1556):

«Santísimo señor: He recibido el breve que me trajo Dominico del Nero, y entendido de él lo que Vuestra Santidad me ha dicho en otra ocasión á boca, que en efecto es y ha sido querer allanar y justificar los grandes y notorios agravios hechos á S. M. C. mi señor, los mismos que yo envié á representar á Vuestra Santidad, con el conde de San Valentin. Y por que las respuestas de V. S. no son tales que basten á justificar y excusar lo hecho, no me ha parecido necesario usar de otra réplica, mayormente habiendo V. S. despues procedido á cosas muy perjudiciales y agravios muy pesados, que muestran abiertamente, no solo que no hay arrimo verdadero para fiar de las palabras de V. S., cosa que en el hombre mas bajo se tiene por infamia, sino tambien que tal sea la voluntad é intencion de V. S. Y porque Vuestra Santidad me quiere persuadir á que yo deponga las armas, sin ofrecer por su parte ninguna seguridad á las cosas, dominios y Estados de Su Majestad Católica, mi señor, que es lo que solamente se pretende, me ha parecido, por mi postrera escusacion y justificacion de mi paciencia y razon, enviar con esta á Pirro de Lofredo, caballero napolitano, para hacer saber á V. S. lo que por otras mias algunas veces he hecho, y es, que siendo S. M. Cesárea y el rey Felipe, mis señores, obeditisimos y verdaderos defensores de la Santa Sede Apostólica, hasta ahora han disimulado todo lo posible y sufrido con inimitable tolerancia todas las gravísimas y continuas ofensas de V. S., cada una de las cuales ha dado ocasion de resentir de la manera que convenia, habiendo V. S. desde el principio de su pontificado comenzado á oprimir, perseguir, encarcelar y privar de sus bienes á los buenos servidores, criados y aficionados de Sus Majestades mis señores, y habiendo despues solicitado é importunado príncipes, potentados y señorías de cristianos, para hacerlos entrar en la liga consigo para daño de los Estados, dominios y reinos de SS. MM., mandando tomar sus correos y de sus ministros, quitándoles sus despachos y abriendo los que llevaban, cosa por cierto que solo los enemigos la suelen hacer, pero nueva y que causa horror á todo el mundo, por no haberse jamás visto practicada por un pontífice con un rey tan justo y católico como es el mio, y cosa, en fin, que V. S. no podrá quitar de la historia el feo lunar que causará á su nombre, pues ni aun la pensaron aquellos antipapas cismáticos que les faltó poco ó nada para llenar de herejías la cristiandad...»

«Demás de esto, V. S. ha hecho venir gente extranjera en las tierras de la Iglesia, sin poderse conjeturar otro fin de esto que el de una dañada intencion de querer ocupar este reino (Nápoles); lo cual se confirma con ver que V. S. secretamente ha levantado gente de á pié y de caballo, y enviado buena parte de ella á los confines; y no cesando de su propósito ha

ella se ve las vehementísimas palabras que muchas veces proferia aquel arrebatado pontífice contra Carlos y contra Felipe.—Tambien puede verse el Códice A 52, en que hay cartas de Felipe II manifestando la manera como Paulo había comenzado á desfogar su rabia contra él en cuanto subió al pontificado.

mandado tomar en prision y atormentar cruelmente á Juan Antonio de Tarsis... inhumanidad sin duda mas natural de un tirano que de un santo pastor. Y aun no contento ni satisfecho el cruel ánimo de V. S., ha carcerado y maltratado á un hombre como Garcilaso de la Vega, criado bueno de S. M., que había sido enviado á V. S. á los efectos que bien sabe... Todo lo cual, y otras muchas cosas, como está dicho, se han sufrido mas por el respeto que se ha tenido á la Santa Sede Apostólica y al bien público que no por otras causas, esperando siempre que V. S. hubiere de reconocerse y tomar otro camino...

«Empero viendo que la cosa pasa tan adelante, y que ha permitido V. S. que en su presencia, el procurador, abogado y fiscal de esa Santa Sede, hayan hecho en consistorio tan injusta, inicua y temeraria instancia como la de que el rey mi señor fuese quitado del reino, aceptándolo y consintiendo V. S. con decir que lo proveería á su tiempo... habiendo Vuestra Santidad reducido últimamente á S. M. en tan estrecha necesidad, que si cualquiera muy obediente hijo fuese de esta manera de su padre oprimido y tratado, no podría dejar de defender y le quitar las armas con que le ofender quisiese; y no pudiendo faltar á la obligacion que tengo como ministro á cuyo cargo está la buena gobernacion de los Estados de S. M. en Italia, ni aguantar mas que V. S. haga tan malas fechorias y cause tantos oprobios y deshonores á mi rey y señor; faltándome ya la paciencia para sufrir los dobles tratos de Vuestra Santidad, me será forzado, no solo no deponer las armas como V. S. me dice, sino proveerme de nuevos alistamientos que me den mas fuerzas para la defension de mi dicho rey y señor y de estos Estados, y aun para poner á Roma en tal aprieto que conozca en su estrago se ha llamado por respeto, y se sabe demoler sus muros cuando la razon hace que se acabe la paciencia...»

«Por todo lo cual, lo justo y provechoso que es este medio propuesto (1), pues V. S. ha sido creado pastor que guarda las ovejas, no lobo hambriento que las destroze, y aunque es tan altísima su dignidad, es únicamente dirigida á mantener la Iglesia en paz, no á querer hacer papel en el teatro del mundo en cosas puramente suyas, ni V. S. tiene facultades para dar ni quitar coronas ni reinos; me protesto á Dios, á V. S. y á todo el mundo, que si V. S. sin dilacion de tiempo no quiere quedar servido de hacer y ejecutar cada parte y todo lo sobredicho, que se reduce únicamente á que no sea ni quiera ser padrastrero de quien solo debe ser padre, yo pensaré con toda ligereza, y sin que despues sirvan respetos humanos, el modo de defender el reino á la majestad del rey mi señor en aquellas mejores maneras que pudiere: que siendo así, creo y espero en el favor divino no ha de ser nada próspero á V. S., pues verá, como lo prometo en nombre de mi rey y señor y por la sangre que hay en mis venas, titubear á Roma á manos del rigor; y V. S., aunque entonces será tambien respetado como ahora, no podrá librarse de las furias y horrores de la guerra, ó tal vez de las iras de algun soldado notablemente ofendido de las acciones fieras que con bastantes ha hecho V. S.; y cuando mejor libre, no perderá la fama eterna en el mundo de que abandonó su iglesia por adquirir dominios para sus deudos, olvidándose de que nació pastor y se convirtió en lobo.

«De todo lo cual doy á V. S. aviso para que resuelva y se determine á abrazar el santo nombre de padre de la cristiandad y no de padrastrero, advirtiéndole de camino á V. S. no dilate de me decir su determinacion, pues en no dármele á los ocho dias, será para mi aviso de que quiere ser padrastrero y no padre, y pasará á tratarlo, no como á esto sino como aquello. Para lo cual, al mismo tiempo que esta escribo, dispongo los asuntos para la guerra, ó por mejor decir, doy las órdenes rigorosas para ella, pues todo está en términos de poder endeerezar á donde convenga; y los males que de ello resultasen, vayan sobre el ánimo y conciencia de V. S., pues en su mano está elegir el bien ó el mal, y si este abraza será señal de su

(1) El medio que le proponia era, que mandara asegurar á S. M. y le asegurara en efecto no ofenderle ni en aquel reino ni en otros estados y dominios, ofreciéndose el duque á hacer lo mismo con S. S. en nombre del emperador y rey sus señores.

pertinacia, y Dios dispondrá su castigo... De Nápoles á 21 de agosto de 1556.—Santísimo Señor.—Puesto está á los santísimos piés de V. S. su mas obediente hijo.—El duque de Alba (2).»

Esta durísima carta, escrita por el hombre de la confianza íntima de Felipe II, en su nombre, y sin duda con su consentimiento y aprobacion (3), no bastó para hacer al papa desistir de sus proyectos contra Felipe, puesto que el duque de Alba se vió obligado á realizar sus amenazas penetrando en el territorio de la Iglesia con un ejército de doce mil hombres veteranos y aguerridos, los cuales se fueron apoderando de las plazas, de las unas por fuerza, de las otras por cobardía ó traicion de los habitantes ó de las tropas del pontífice. Para no ser acusado de irreligioso usurpador del patrimonio de la Iglesia, tuvo el de Alba la política de declarar que tomaba posesion de las plazas á nombre del sacro colegio y solo hasta la eleccion de otro pontífice. Los españoles extendian sus correrías hasta las puertas mismas de Roma, con lo cual, consternada la ciudad é intimidados los cardenales, intercedieron con S. S. y le instaron á que propusiera al general español un armisticio. Hízolo así Paulo IV, ya por calmar la agitacion de Roma, ya por ganar tiempo para ver si le llegaban los socorros que esperaba de Francia: y el virey de Nápoles aceptó la proposicion del pontífice, porque sabia que su soberano deseaba la terminacion de una guerra que había emprendido con disgusto. Firmóse pues una tregua de cuarenta dias (septiembre); mas en tanto que se negociaba la paz, la llegada á Roma de una remesa de dinero de Francia, y la de una hueste francesa, precursora de otras que seguian el mismo camino, volvieron á dar ánimos al pontífice, que se empeñó nuevamente en llevar adelante la guerra.

Mientras esto pasaba, Carlos, despues de hacer la última tentativa y el último esfuerzo para ver de lograr de su hermano Fernando que cediese en favor de Felipe sus derechos á la sucesion del imperio recibiendo en equivalencia otras provincias, como le hallase inflexible en este punto, resolvió al fin descargarse tambien del peso de la única corona que ya llevaba: y llamando á sí á Guillermo, príncipe de Orange, le entregó el acta de renuncia de la administracion y gobernacion del imperio en favor de su hermano Fernando, rey de romanos, para que la llevase á él y la presentara y recomendara en la Dieta germánica; bien que Fernando deseaba y proponia que lo hiciese enviándole á él plenos poderes (4). Esta renuncia solo halló contradiccion en el pontífice Paulo IV, que en su ojeriza contra la casa de Austria pretendia que Carlos no podia sin su expresa licencia resignar la corona imperial, aun cuando consintieran en ello los mismos electores, y sembraba cuanta cizaña podia para que no se le admitiese, y vengóse en no dar su confirmacion hasta pasados dos años que se vió obligado á ello.

Renunciadas una tras otra las coronas, determinó ya Carlos su viaje á España. El punto que había escogido aquí para su residencia era el monasterio de padres jerónimos de Yuste en Extremadura, sito en un fresco y ameno despoblado, regado de muchas aguas, á un cuarto de legua del lugar de Cuacos en la Vera de Plasencia. Tiempo hacia ya que con este pensamiento había mandado se le preparase en este monasterio una habitacion cómoda aunque modesta, juntamente con un aposento para sus criados, todo lo cual estaba ya aparejado y dispuesto en los primeros meses de este año (5). La

(2) MS. de la Biblioteca del duque de Osuna.—Esta carta, aunque no íntegra, la publicó en 1589 en Madrid Alejandro Andrea, napolitano, y despues se ha insertado entera en la Coleccion de documentos inéditos, tomo II.

(3) Así se deduce claramente de cartas posteriores del mismo Felipe II, que continuó valiéndose del de Alba para todo y dispensándole cada dia mas confianza.—Biblioteca del duque de Osuna; Correspondencia entre Fernando I emperador de Alemania, y Felipe II rey de España desde marzo de 1556 hasta enero de 1563.

(4) Carta de Fernando á Felipe II, de Viena, á 24 de mayo de 1556.

(5) Cartas de 1.º, 19, 22, 30 y 31 de enero de los encargados de las obras Fr. Melchor de Pié de Concha y Fr. Juan Ortega y Juan Vazquez, dándole cuenta de las que se iban haciendo y de estar ya concluidas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

flota en que había de venir, que se componía de sesenta nares guipuzcoanas, vizcainas, asturianas y flamencas, se reunió en Zúitburgo en Zelanda, donde se dirigió Carlos (28 de agosto) acompañado del rey don Felipe su hijo, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y Hungría, de su hija María y su yerno Maximiliano, rey de Bohemia, que habían ido á despedirle, y de una brillante comitiva de flamencos y españoles. Al pasar por Gante no pudo menos de enternecerse, contemplando la casa en que nació, los lugares y objetos que le recordaban los bellos días de la infancia y que visitaba por última vez para no volver á verlos jamás.

Despidióse tiernamente de sus hijos, abrazó á Felipe, le dió algunos consejos para su gobierno y conducta, y se hizo á la vela (17 de setiembre) trayendo consigo á sus dos hermanas doña Leonor y doña María, reinas viudas ambas, que despues de tantos años volvían á su patria y suelo natal. El 28 de setiembre arribó la flota al puerto de Laredo. *Yo te saludo, madre comun de los hombres*, exclamó Carlos al tomar tierra; *desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré á entrar en tu seno* (1). Á pesar de esta abnegacion, todavía se incomodó mucho por no haber hallado allí el recibimiento que esperaba, y no haber llegado aun la remesa de cuatro mil ducados que preventivamente había pedido á la gobernadora de Castilla su hija la princesa doña Juana, ni el condestable ni los capellanes y médicos que necesitaba, pues los mas de sus capellanes y criados venían enfermos, y algunos había muerto en la navegacion. El mismo Luis Quijada, mayordomo de la princesa regente, no pudo llegar hasta unos días despues por el fatal estado de los caminos: todo lo cual puso al emperador de malísimo humor y le hacia prorumpir en desabridas quejas, no pudiendo sufrir verse en tal especie de desamparo el que tan acostumbrado estaba á mandar y ser servido (2).

Partió el 6 de octubre de Laredo para Medina de Pomar, acompañado del alcalde Durango de la chancillería de Valladolid con cinco alguaciles, disgustado y como avergonzado de verse entre tantas varas de justicia, que parecía le llevaban preso (3). No quería que le hablaran de negocios, huía de que le tocaran asuntos políticos, y mostraba no tener otro anhelo que sepultarse cuanto antes en Yuste (4). Al fin le llegaron los cuatro mil ducados, con lo cual prosiguió ya mas contento á Burgos, donde llegó el 13 y permaneció hasta el 16, no queriendo que el condestable de Navarra le hiciese ningun recibimiento. Las dos reinas hermanas marchaban

La habitacion del emperador consistía en seis piezas bajas y seis altas contiguas á la iglesia, y desde las cuales podia ver los divinos oficios.—Desde ellas salía tambien á la hermosa huerta y jardines del monasterio, que se reservaron exclusivamente para el emperador, habiendo tenido que hacer los monjes otra huerta para sí á la parte del Norte: en las dos se atravesaba una tapia. Al extremo de la huerta destinada á S. M. y como á dos tiros de ballesta había una linda ermita, á la cual se iba sin tomar sol por una calle de robustos y frondosos castaños. Aunque el aposento del rey y las oficinas de los criados se comunicaban con el monasterio, no se abría nunca la comunicacion, de manera que se puede decir que estaban separadas del monasterio, aunque unidas á él. Se llevaron aguas y se hicieron buenas fuentes dentro de la vivienda imperial.—Sandoval, Historia de la vida del emperador en Yuste, párr. 2.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(1) Robertson, Hist. de Carlos V, lib. XII.—Leti, Vida de Felipe II, part. I, lib. X.

(2) «El emperador tuvo por cierto (decía su secretario Martin de Gaztelu al de la princesa regente Juan Vazquez de Molina) que llegado aquí hallaría los cuatro mil ducados que el rey le dijo había mandado proveer, y visto que no se ha hecho me ha mandado lo escribiese luego á vuestra merced para que se haga, porque son mucho menester.» Dice que por esto y por el desquite que ha habido en proveer muchas cosas está muy mohino y prorumpie en quejas y palabras muy sangrientas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(3) Carta de Luis Quijada á Juan Vazquez de Molina.

(4) «Viene, escribía Luis Quijada, tan recatado de tratar ni que le hablen de negocios, que ni lo quiere oír ni entender, que es bien lejos de lo que allí se decía.—De los que allá vienen, escribía el secretario Gaztelu, he entendido que se persuaden que S. M. entenderá en negocios, y aunque debe de convenir por muchos respetos, va tan hostigado de ellos que ninguna cosa mas aborrece que oír solo nombrillos.»

Veremos cuánto le duró este propósito.

una jornada detrás por falta de medios de transporte; que esto le sucedía en su antiguo reino de Castilla al mismo que tantas veces y con tanta rapidez y tanto aparato había cruzado y atravesado la Europa. Marchaba tan lentamente que empleó cerca de seis días desde Burgos á Valladolid. Alojose en la casa de Ruy Gomez de Silva, dejando el palacio para las reinas sus hermanas que entraron despues. Ocupose el emperador en Valladolid en el arreglo de ayudas de costa y mercedes que había de dejar á los que hasta entonces le habían servido, en lo de la paga que se había de dar á los que con él habían venido de Flandes, y en lo que había de quedar para el gasto de su casa. Con esto partió de Valladolid (4 de noviembre) con tiempo lluvioso y frío, caminando en litera.

Siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alazar y Tornavacas, y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla, fué conducido en hombros de labradores, porque á caballo no le permitían sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podía ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen; el mismo Luis Quijada anduvo á pié al lado del emperador las tres leguas que dura el mal camino. Por fortuna encontraron en Jarandilla (14 de noviembre) magnífico alojamiento en casa del conde de Oropesa, bien provisto de todo, y con bellos jardines poblados de naranjos, cidras y limoneros. Detuviéronse allí todos bastante tiempo por las malas noticias que comenzaron á correr acerca de la temperatura de Yuste. En el invierno era castigado de frecuentes lluvias y de frias y densísimas nieblas, y en el verano le bañaba un sol abrasador. Proclamaban á una voz sus criados que los monjes habían cuidado bien de hacer sus viviendas al Norte y defendidas del calor por la iglesia, mientras la morada del emperador y de sus sirvientes se habían hecho al Mediodía, y tenía que ser insufrible en la estacion del estío. Con esto todos estaban disgustados, y todos aconsejaban al emperador, inclusa su hermana la reina de Hungría, que desistiera de su empeño de ir á Yuste, y buscara otro lugar mas favorable para su salud.

Obligó esto al emperador á ir un día (23 de noviembre) á visitar personalmente su futura morada, y cuando todos esperaban que regresaría disgustado, volvió diciendo que le había parecido todo bien, y aun mucho mejor que se lo pintaban; que en todos los puntos de España hacía calor en el verano y frío en el invierno, y que no desistiría de su propósito de vivir en Yuste aunque se juntase el cielo con la tierra (5).

Seguia reteniendo al emperador en Jarandilla la falta de dinero para pagar y despedir la gente que había traído consigo y aun para los precisos gastos de manutención (6), hasta

(5) Lo que mas desagradó á su servidumbre fué que en el estrecho recinto á ella destinado había dejado orden de poner cuarenta camas, veinte para amos y veinte para criados, con lo cual, y con la desagradable temperatura que se sentía en Jarandilla, y con las privaciones y escasez de mantenimientos, y con la repugnancia que todos sentían á encerrarse en un monasterio, faltó poco para que casi todos le abandonaran, y los mas buscaban pretextos para apartarse de su servicio. Desazonábanles tambien las discordias que sabían andaban entre los monjes, y los partidos que había entre ellos, sobre lo cual escribía el secretario Gaztelu al de la princesa regente. «Vea vuestra merced á lo que le ha traído el haber querido venir á meterse entre frailes, porque será menester que él haya de poner la mano y remediallo, ó dejállos y irse, y andando el tiempo verá vuestra merced que se ofrecerán cosas que la menor sea bastante para hacello, y por esto fuera bien que se hubieran pesado todas estas cosas muy bien por hombres de mas prendas y entendimiento que no quien aconsejó á S. M. que viniese aquí.»

Cartas del secretario Martin Gaztelu de 23 y 29 de noviembre desde Jarandilla. «Nunca creyera, decía en carta de 7 de diciembre, que frailes eran tan ambiciosos ni envidiosos como lo he reconocido despues que Su Majestad vino aquí.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(6) Había pedido á Sevilla veintiseis mil ducados de la pension anual que se había reservado para el mantenimiento de su casa y para actos de beneficencia y caridad; pero este dinero tardó en llegar dos largos meses. Entre tanto las escasas remesas que la princesa gobernadora su hija le enviaba se consumían pronto: llegó el caso de tener que buscar prestados, y costó no poco trabajo reunirlos en todo el pueblo, dos mil reales para comer. Aparté del emperador y las reinas, á quienes no faltaba un trato decoroso en el palacio de Oropesa, los demás pasaban todo género de es-

que habiendo llegado el dinero que tenía pedido á Sevilla (16 de enero, 1557), fué dando orden en la paga de los criados que mas impacientes se mostraban por marchar (1). Con esto apresuró ya los preparativos para su entrada en Yuste, cosa que apetecían vivamente los monjes, tanto como la repugnaban y sentían cada vez mas cuantos componían su casa y servicio.

Entró pues el emperador Carlos V en el monasterio de Yuste el 3 de febrero de 1557. Su primera visita fué á la iglesia, donde le recibió la comunidad con cruz, cantando el *Te Deum laudamus*, y colocado despues S. M. en una silla, fueron todos los monjes por su orden besándole la mano, y el prior le dirigió una breve arenga felicitando á la comunidad por haberse ido á vivir entre ellos (2).

CAPÍTULO XXXIII

Carlos V en Yuste

DE 1557 Á 1558

Refiérense las inexactitudes, invenciones y falsedades que nos han transmitido los historiadores acerca de la vida de Carlos V en Yuste.—Demuéstrase que no vivió abstraído de la política y de los negocios del mundo.—Que era consultado en todo y lo dirigía todo desde su retiro.—Pruébase que no vivió tan sobria y pobremente como han dicho los historiadores.—Número de sus criados y sirvientes.—Valor de su ajuar y menaje.—Otras especies inverosímiles que han corrido acerca de su vida claustral.—Es cierto que se ejercitaba en actos de devocion y de piedad, y que recibía con frecuencia los sacramentos.—No lo es la famosa anécdota de los funerales en vida.—Causa verdadera de su última enfermedad, y de su fallecimiento.—Muerte cristiana y ejemplar de Carlos V.—Circunstancias de su entierro.—Su testamento y codicilo.—Exequias en Yuste, en Valladolid y en Roma.—Célebres honras que le hizo su hijo en Bruselas.

Túvose por tan singular y extraordinaria determinacion y por tan señalado acontecimiento el de la retirada del emperador Carlos V al monasterio de Yuste, y es tanto y tan inexacto lo que acerca del género de vida de tan célebre personaje en aquel retiro han dicho y estampado escritores nacionales y extranjeros, que parece hasta cierto punto inconcebible, que existiendo tantos documentos, no se haya conocido todavía la vida verdadera del emperador en Yuste, y hayan corrido sin contradiccion las invenciones que los doctos han escrito ó copiado y los ignorantes repiten á coro. Desearíamos ser nosotros los equivocados, especialmente en algunos puntos; pero siendo para nosotros lo mas sagrado la verdad histórica, la expondremos tal como á nuestros ojos aparece á la luz de documentos auténticos y originales, y el lector juzgará desapasionadamente entre nosotros y los escritores que nos han precedido.

Unánimemente han consignado los mas autorizados entre ellos, que Carlos V desde su entrada en Yuste vivió completamente abstraído de los negocios públicos, sin querer que le hablaran de ellos, y sin tomar la mas pequeña parte en la política del mundo: que se consagró enteramente á Dios, haciendo una vida de oracion, de meditacion y de penitencia como el monje mas austero, y que dió el mayor ejemplo de humildad religiosa que pudiera imaginarse, haciéndose sus propias exequias en vida.

«Retiróse tanto, dice uno de sus mas acreditados historiadores, de los negocios del reino y cosas del gobierno, como si

caseces, carecían hasta de lo mas necesario, no tenían para costear un correo, y el secretario pedía á Valladolid una resma de papel de escribir, porque no lo había en el pueblo. Solo el emperador, no obstante las alternativas que sufría en su salud, y con daño de esta se regalaba con los manjares mas exquisitos que de todas partes ó espontáneamente ó por su mandado le enviaban, como luego habremos de demostrar.—Correspondencia de Gaztelu, Quijada y Vazquez de Molina desde Jarandilla, passim.—Archivo de Simancas, leg. cit.

(1) Se despidieron para Flandes noventa y nueve alabarderos, y otras noventa y ocho personas, entre amos y criados.

(2) El prior, dice Gaztelu, llamó al emperador *Vuestra Paternidad*, «de lo cual luego fué advertido por otro fraile que estaba á su lado, y le acudió con *Majestad*.»

jamás hubiera tenido parte en ellos (3).» Y le pinta tan entregado exclusivamente á ejercicios espirituales, á actos de devocion y de piedad, de tal manera que no había monje que le igualara, y él daba ejemplo á todos, confundiendo aun á los mas perfectos del monasterio.

Representale el historiador general de la órden de San Jerónimo completamente retirado de todo género de negocios externos, tratando solo los de su alma. Y en la descripción de su vida ordinaria le hace invertir todas las horas de cada día y de cada noche, desde antes de levantarse hasta despues de acostado, en una ocupacion no interrumpida de oraciones, misas, sermones, pláticas doctrinales y religiosas, procesiones, confesiones y penitencias, que no era posible le quedara vagar para ninguna especie ni de distracciones ni de negocios. Macerábase, dice, el cuerpo, y se azotaba hasta el punto «de gastar los ramales de las disciplinas que heredó su hijo.»

Cuenta este mismo historiador, que con motivo de haber hecho Carlos celebrar exequias por sus padres y por la emperatriz su esposa, concluidas que fueron, manifestó á su confesor Fr. Juan Regla, el pensamiento y deseo de celebrar las suyas propias, «para que vea yo, le dijo, lo que tan presto ha de pasar por mí.» Y preguntándole si le aprovecharían, le respondió el confesor que sí, y aun mas que si se hicieran despues de muerto. Que en su virtud aquella misma tarde se construyó un gran túmulo en la capilla mayor, que concurrieron todos los criados de S. M. de luto, y el mismo monarca asistió con su vela en la mano á la ceremonia fúnebre, y que en la misa ofreció su vela en manos del sacerdote, como indicando que así ofrecía en las de Dios su alma, de cuyo acto se mostró al día siguiente (31 de agosto) al confesor muy satisfecho y consolado (4).

Uno de los mas notables biógrafos de Carlos V y de Felipe II afirma del modo mas absoluto, que Carlos desde que se encerró en su soledad no quiso que le hablaran ya mas «ni de sus tesoros de la India, ni del estrépito de las guerras que bajo sus enseñás y con sus capitanes se hacían en toda Europa por tierra y por mar.» Y con tono de seguridad y con aire de magisterio niega que despues de su renuncia pensara ni en la guerra ni en la paz, ni en nada de lo que hiciesen los príncipes cristianos; y concluye aseverando muy formalmente, «que de tal manera se deshumanó, que no quiso saber ni dónde se hallaba su hijo, ni cuál fuese su comportamiento con los príncipes, ni su conducta con los pueblos, ni su fortuna en la guerra, ni sus prosperidades en la paz, y que en cuanto á consejos particulares se abstuvo completamente de dárseles (5).»

El jesuita historiador de las guerras de Flandes no se ha contentado con esto y dice: «Verdaderamente cosa admirable fué, el que Carlos abstraído de aquella soledad y olvido de cuidados.... se desnudase tanto de las antiguas costumbres, y totalmente de la naturaleza; que ni el oro que en gran copia trajera para él en esta sazón la flota española de las Indias, ni el estruendo de las guerras que con armas y capitanes suyos se hacían por mar y tierra en Europa, pudiesen hacer la menor mella en aquel ánimo acostumbrado tantos años al sonido de las armas, ni interrumpirle un punto su tranquilidad el oír

(3) Sandoval, Historia de la vida del emperador en Yuste.

(4) Fray José de Sigüenza, Historia de la Orden de San Jerónimo, parte III, lib. I, cap. 36 y 38.

El obispo Sandoval refiere esto de las honras muy de otra manera. Cuenta este, que afeitándole un día su barbero Nicolás, le dijo el emperador: «¿Sabes, Nicolás, lo que estoy pensando? Que tengo ahorradas dos mil coronas, y querria hacer mis horas con ellas.» Que el barbero le respondió: «No se cure V. M. de eso, que si se muriese nosotros le haremos las honras.» Á lo cual replicó el monarca: «¡Oh, cómo eres necio! Igual es llevar el hombre la candela delante que no detrás.» Como si profetizase su muerte; que luego cayó malo, etc. Pero el obispo de Pamplona no dice que se hicieran las horas en vida.

(5) *Non è à dubbio alcuno che si fosse tanto dissuamato, che non volesse saper dove egli era, quali fossero i suoi portamenti co' Principi, quali le sue azioni co' Popoli, quali le sue fortune nella guerra, e quali le sue prosperità nella pace, e tutto ciò in una maniera generale, perche in quanto à consigli particolari non s'ingerì mai à dargliene, dopo i primi nel tempo della rinunzia.*—Gregorio Leti, llamado *El Resucitado*, Vita di Filippo II, parte prima, lib. X.—Id. Vita dell'invittissimo imp. Carlo V.